

XCIX.

De ese arte se esclarece el pensamiento,
Que hacen las experiencias contenido;
Y vé de allí, como desde alto asiento,
El bajo trato humano retorcido.
El que obre así, con alto y recto intento,
Y no de otros afectos poseído,
Subirá (como debe) á escelso mando,
Contra su voluntad, y no rogando.

FIN DEL CANTO SESTO.

LOS LUSIADAS.

—
CANTO SÉTIMO.

ARGUMENTO DEL CANTO SÉTIMO.

Exhortacion á los Príncipes cristianos para que emprendan tan grandes empresas como la presente en servicio de la Cristiandad, y no gasten sus fuerzas en guerras entre sí, y menos en perjuicio de la unidad religiosa: descripción del Malabar, al que pertenece la provincia de Calecut, en cuyo puerto fondea la Armada: recibe el Samorim, ó Emperador, á Gama con honoríficas demostraciones: se presenta el Moro Monzaide, que, informado de Gama, informa también á los naturales del país: va el Catüal, ó gobernador de Calecut, á ver la Armada.

LOS LUSIADAS.

CANTO SÉTIMO.

I.

Ya llegaron por fin cabe la tierra
Tan ansiada de gente emprendedora,
Que entre las aguas Índicas se encierra
Y el Ganges que el terrestre cielo mora.
Hora ¡sus! gente fuerte, que en la guerra
Quereis llevar la palma vencedora:
Ya llegásteis: teneis por fin delante
La tierra de riquezas abundante.

II.

A tí, generacion del Luso, digo,
Que tan pequeña parte eres del mundo:
Y no del solo, mas del cerco amigo
Del que gobierna cielo y mar profundo,
Tú, á quien no solo espíritu enemigo
Estorba conquistar el pueblo inmundo,
Sino codicia, error, desobediencia
A la que allá en el cielo está en esencia.

III.

Vosotros, Lusos, pocos cuanto fuertes,
 Que el flaco poder vuestro no midiendo,
 A costa vais de vuestras varias muertes
 La ley de vida eterna difundiendo:
 Del cielo en vuestra pró teneis las suertes
 Pues aun así tan reducidos siendo,
 Mucho hareis por la fe sublime y alta;
 Que con ella Jesus al hombre exalta.

IV.

Ved de alemanes el infiel ganado
 Que por tan vastos campos se apacienta,
 Que, al sucesor de Pedro rebelado,
 Nuevo pastor y nueva secta inventa:
 Vedle en indignas guerras ocupado,
 Que no con su error solo se contenta,
 No con ir contra el ímpio sarraceno,
 Mas con romper del Superior el freno.

V.

Ved al soberbio Inglés, que se nomina
 De la ciudad muy santa soberano.
 Que el Ismaelita pérfido domina
 (¡Quién vió honor de lo cierto más lejano!)
 Que entre boreales nieblas se imagina
 Nuevo modo intentar de ser Cristiano;
 Y contra los Cristianos hace guerra,
 No por tomar la que llamó su tierra.

VI.

Mirádle á un falso Rey guardar benigno
 En la Salem terrestre desdichada,
 Mientras la Santa Ley pisa maligno
 De la eternal Jerusalem sagrada.
 Pues ¿qué diré de tí, Francés indigno,
 Que el nombre Cristianísimo te agrada,
 Para hacer en su contra y rebajarlo,
 No para defenderlo ni guardarlo?

VII.

¿Piensas tener derecho á señoríos
 De Cristianos, el tuyo siendo tanto,
 Y dejas Nilo y Cínife, esos rios
 Enemigos sin fin del nombre Santo?
 En esto: allí se han de probar los brios:
 En quien reprueba de la Iglesia el canto:
 ¿De Cárlos y de Luis heredas tierra
 Y nombre, y no el deber de justa guerra?

VIII.

¿Pues qué diré de aquellos que en delicias
 Que el vil ocio en el mundo trae consigo,
 Gastan las vidas, gozan las caricias,
 Olvidando el esfuerzo suyo antiguo?
 Nacen en el mandar inimicias
 De qué el pueblo es sosten, de sí enemigo:
 Hablo contigo, Italia, en culpa varia
 Hoy sumida, y de tí misma contraria,

IX.

¡Oh míseros Cristianos! ¿Por ventura
Sois de Cadmo los dientes esparcidos
Que se dan entre sí la muerte dura
Siendo todos de un seno producidos?
¿Viendo no estais la santa sepultura
De canes en poder que, siempre unidos,
A tomar vienen vuestra antigua tierra
Haciéndose famosos por la guerra?

X.

Ellos tienen por uso y por decreto,
Del que son tan perfectos observantes,
Su ejército juntar, nómada, inquieto,
Contra los pueblos de Jesús amantes;
Y en vosotros no deja nunca Aleto
De derramar zizañas repugnantes;
Teniendo (ved qué suerte) en trances varios,
A ellos y á vosotros por contrarios.

XI.

Si codicia de grandes señoríos
Os hace ir á buscar tierras ajenas,
Del Hermo y del Pactólo ved los ríos,
Que ambos mueven auríferas arenas:
Tejen oro el Asiro y Lidio impíos:
Africa esconde en sí lucientes venas:
Siquiera os muéva ya riqueza tanta,
Pues no os puede mover la Casa Santa,

XII.

Aquellas invenciones fieras, nuevas,
De instrumentos de horrenda artillería,
¿Por qué no están haciendo duras pruebas
De Bizancio en los muros, y en Turquía?
Haced volver á las silvestres cuevas
Del Caspio monte y de la Scitia fría
La turca raza que, creciendo, acopa
Tierra y poder en vuestra culta Europa.

XIII.

Griegos, Traces, Armenios, Georgianos,
Os gritan que les hace el pueblo bruto
Los hijos someter á los profanos
Preceptos del Korán: ¡fiero tributo!
De castigar los hechos inhumanos
Os gloriad con poder fuerte y astuto,
Y no busqueis loores presuntuosos
De ser contra los vuestros poderosos.

XIV.

Mas en tanto que ciegos y sedientos
Andais de vuestra sangre ¡oh pueblo insano!
No faltarán cristianos ardimientos
En este corto aprisco Lusitano:
Tiene Áfricos marítimos asientos:
Más que todos en Asia es soberano:
La cuarta parte nueva rompe y ara,
Y si hubiese más mundo, en él entrara,

XV.

Y veamos en tanto qué acontece
 A aquellos tan famosos navegantes,
 Despues que la alma Vénus enflaquece
 Las furias de los vientos arrogantes:
 Despues que la ancha tierra se aparece,
 Término de trabajos tan constantes,
 Dó vienen á estender la fe cristiana
 Y á traer nuevo Rey, ley más humana.

XVI.

Mientras á la nueva tierra no llegaron,
 Cogieron breves barcos pescadores,
 Los cuales el camino les mostraron
 De Calecut, donde eran moradores;
 Y para allá las proras enflaron,
 Porque era esa ciudad de las mejores
 Del mejor Malabar, donde vivia,
 El Rey que todo el suelo poseia.

XVII.

De acá el Ganges, el Indo de allá ciñe
 Un terreno grandísimo y famoso,
 Que por la parte Austral el mar le tiñe
 Y del Norte el Emódio cavernoso:
 Yugo de varios Reyes le constriñe
 A ley diversa: algunos el vicioso
 Korán, otros los ídolos adoran,
 Y hasta los brutos que en sus tierras moran.

XVIII.

En la estensa montaña que, cortando
 Tierra tanta, recorre el Asia entera,
 Y nombres tan diversos va tomando
 Segun son las regiones donde impera,
 Las fuentes son de donde van manando
 Los rios que terminan su carrera
 En el Índico mar, dó queda opreso
 El terreno, formando el Quersoneso.

XIX.

Allí, entre rio y rio, en vasto trazo,
 Larga punta de tierra se presenta
 Cuasi piramidal, que en el regazo
 Del mar, frente á Ceilan su talle ostenta;
 Y cabe donde nace el ancho brazo
 Gangético, rumor antiguo cuenta
 Que los de aquella tierra moradores
 Del olor se mantienen de las flores.

XX.

Mas ya gozan de nombres y de usanza,
 Nuevos y varios hoy los habitantes,
 Son Delijes, Patanes, en pujanza
 De gente y tierra allí los más boyantes:
 Canijes y Oriás, que la esperanza
 Ponen de salvacion en las sonantes
 Ondas del Gange; y la gentil Bengala,
 A quien en lo feraz ninguna iguala.

XXI.

Y de Cambaya el pueblo belicoso
 (Que diz que fue de Poro Rey valiente):
 El reino de Narsinga, poderoso
 Más de oro y piedras que de brava gente.
 Se mete luego allá del mar undoso
 Alto monte, que corre largamente,
 Sirviendo al Malabar de fuerte muro,
 Con que del Canará vive seguro.

XXII.

Las gentes del pais le dicen Gate,
 Al pie del cual á dilatarse empieza
 Breve y estrecha falda, á quien combate
 Del duro mar la natural fiereza;
 Y aquí de otras ciudades, sin debate,
 De imperio rico espléndida cabeza,
 Se ostenta Calecut, de ilustre fama,
 Y el señor de ella Samorim se llama.

XXIII.

Llegada á este soberbio señorío,
 Sale enviado al instante de la flota
 Un Portugués que anuncie al Rey impío
 Su aborde allí de parte tan remota;
 Y entrando el mensajero por el rio,
 Cuya corriente hasta la mar azota,
 El gesto, la color, el traje, el modo,
 Lleva corriendo á verle al pueblo todo.

XXIV.

Y entre la multitud que concurría
 Llegase un Mahometano, que nacido
 Habia en la region de Berbería,
 Donde otro tiempo Antéo fue temido:
 Y ya que por vivir cerca, tendría
 Al Lusitano reino conocido,
 Ya que en este recuerda aquél trabajo
 De la suerte que allí tambien le trajo:

XXV.

En cuanto al mensajero vió jocundo,
 Como que sabe bien la lengua hispana,
 Le dice: «¿Quién te trae á este otro mundo,
 Tan lejos de tu patria Lusitana?»
 «Abriendo (le responde) el mar profundo,
 Por donde no fue nunca gente humana,
 Vinimos á buscar el Indo ardiente
 Dó nuestra ley divina se acrecienta.»

XXVI.

Quedó espantado del tremendo viaje
 El Moro, que Monzaide se llamaba,
 Oyendo las fatigas del pasaje
 Por los mares que el Luso le contaba:
 Mas al fin enterado que un mensaje
 Al señor de esta tierra le llevaba,
 De la ciudad le dice que está ausente,
 Si bien no lejos de ella, el Rey potente.

XXVII.

Y que mientras la nueva le llegase
De su estraña venida, si queria
En su pequeña casa reposase,
Que del país los frutos comeria,
Y que despues que un tanto se gozase,
A la flota con él se volveria;
Que alegría no puede haber tamaña
Que compatricios ver en tierra estraña.

XXVIII.

El Portugués de recibir no deja
El favor que Monzaide ledo ofrece:
Y cual si su amistad fuera ya vieja,
Come y bebe con él, y le obedece:
Y luego torna la feliz pareja
A la Armada, que al Moro el gusto acrece.
Montan la Capitana, y viejo y mozo
A Monzaide ven todos con gran gozo.

XXIX.

Le abraza el Capitan con rostro ledo,
De Castilla al oír la lengua clara:
Cerca de sí le asienta, y luego cedo
Del país le pregunta y gente rara.
Cual circunda en Rodópe el arboledo
Al dulce amante de Euridice cara,
Por oírle tocar la lira de oro,
Tal se junta á escuchar la gente al Moro.

XXX.

Y él comienza: «¡Oh nacion que la natura
De mi paterno nido cerca puso!
¿Qué destino tan grande, ó qué ventura
Os guió por camino tan profuso?
No sin causa recóndita y escura
Del Tajo y Miño ignoto alguien dispuso
A estos reinos traeros apartados,
Por mares de otro leño nunca arados.

XXXI.

»Dios os trajo no más, que así pretende
Que algun servicio le deis cumplido;
Por eso solo os guia y os defiende
De enemigos, de viento y mar temido.
Sabed que en India estais, donde se estiende
Diverso pueblo, rico, abastecido
De oro luciente y fina pedrería,
Suaves aromas y alta especería.

XXXII.

»Esta provincia, de que habeis surgido
Al puerto ahora, Malabar se llama:
El culto antiguo idólatra ha seguido
Que acá por estas partes se derrama:
De varios Reyes es: más de uno ha sido
En los tiempos de atras, segun es fama.
Sarama Perimal fue el Rey postrero
Que este reino mandó junto y entero.

XXXIII.

»Entonces ocurrió que aquí vinieran
De allá del seno Arábigo otras gentes,
Que el culto Mahomético trujeran,
En el que me instruyeron mis parientes:
Y también que con preces convirtieran
A Perimal, muy sabias y elocuentes;
El cual tomó la ley con fervor tanto,
Que propúsose en ella morir santo.

XXXIV.

»Arma naves, y activo y cuidadoso,
Mercadería espléndida previene,
Y á ofrecerse con todo religioso
Va donde cultos el Profeta obtiene.
Mas antes el su reino poderoso
En los suyos reparte, pues no tiene
Propio heredero, y por afectos hace
Libre al esclavo, rico al que le place.

XXXV.

»Cochim al uno, al otro Cananóres,
A este Chalé, y á aquel la isla Pimienta:
A quién Coulon, á quién da Granganóres,
Y al que más le sirvió, más le contenta:
Pero un mozo que ha sido sus amores,
Después de todo dar, se le presenta,
Y á este ya Calecut solo le aplica,
Ciudad por su comercio noble y rica.

XXXVI.

»Mas se la da con título fastoso
De Emperador que sobre todos mande:
Esto acabado, parte presuroso
A donde en santa vida á morir ande;
Y de aquí queda el nombre de glorioso
Samorimá (*más que todos digno y grande*)
Al mozo y sucesores, de dó viene
Este que hoy el imperio manda y tiene.

XXXVII.

»La ley de toda gente, escelsa ó chica,
De fábulas parece de quien sueña;
Anda desnuda, y solo un paño aplica
A aquello que á cubrir natura enseña.
Dos clases hay de grey: la grande y rica
Náire tiene por nombre, y la pequeña
Pólea se llama, á quien su ley le manda
No mezclarse á la antigua veneranda.

XXXVIII.

»Porque el que siempre tiene un mismo oficio
De otro tomar mujer no puede en suerte,
Ni sus hijos seguir otro ejercicio
Sino el de su familia hasta la muerte.
Para los Náires es deshonra y vicio
Ser tocados por Póleas; y si advierte
Alguno haberlo sido, ó se le indica,
Con ceremonias mil se purifica.